

Cuba y las fronteras de la utopía – reflexión teórica y empírica



Sociedad y Discurso
Número 27: 60-83
Universidad de Aalborg
www.discurso.aau.dk
ISSN 1601-1686

JAN GUSTAFSSON
Universidad de Copenhague, Dinamarca

Resumen: El objetivo de este trabajo es, primero, profundizar en algunos mecanismos, posibilidades y limitaciones del discurso utópico, sobre todo desde la posición del poder político, y, segundo, estudiar algunos aspectos del discurso e imaginario utópicos en Cuba, parcialmente a base de las reflexiones teóricas y generales. Apoyado en el concepto de “frontera”, se sugiere en la discusión teórica que el discurso utópico presenta una serie de fronteras, que en cierta forma son paradojas, que se manifiestan también en prácticas discursivas de la Revolución cubana. En el estudio del caso cubano se examinará y confirmará la hipótesis de que la crisis de los 1990 se constituye como una frontera principal para el imaginario social frente al discurso utópico. Hay un “antes” y un “después” de esta década. Al mismo tiempo, se aprecia en la narrativa y el cine de las últimas décadas una tendencia a que el sujeto, que antes se movía en el espacio utópico del “buen lugar”, se vaya desplazando hacia un “no-lugar”, justamente por la pérdida de la fe en el discurso utópico.

Abstract: The aim of this article is to discuss some mechanisms, possibilities and limitations of utopian discourse, particularly when pronounced from a position of power, and to study some aspects of utopian discourse and imaginary in Cuba, on the basis of the theoretical discussion. Applying also the concept of “frontier” or “boundary”, it is suggested that utopian discourse displays a number of boundaries, which constitute certain paradoxes, also manifest in discursive practices of the Cuban Revolution. The study of the Cuban case confirms the hypothesis that the crisis of the 1990’s becomes a fundamental boundary for the social imaginary toward the utopian discourse. Furthermore, I discuss the idea that in Cuban narrative and cinema of the latest two decades there is a tendency of the subject moving away from the idea of the “good place” in utopian discourse to a kind of “no-place”, partially due to the loss of faith in the utopian discourse.

Introducción

Una visión panorámica de la situación actual de América Latina llevaría fácilmente a la conclusión de que la utopía social y política se encuentra en una crisis. Las dificultades que está pasando gran parte de la izquierda moderada y radical desde la posición del poder, parecen contradecir las esperanzas de cambio de que acompañaran las victorias políticas y

discursivas de las izquierdas en casi toda Sudamérica en la década pasada. En el particular caso de Cuba, el reciente acercamiento entre este país y EE.UU. –producido en el contexto de un programa de reformas económicas y sociales que modificará profundamente el carácter del sistema “revolucionario-utópico” cubano– contribuye, sin dudas, a la percepción de que el ímpetu utópico se encuentra en una crisis, tal vez comparable a la de la década de los 1990, la cual llevó al pronóstico de la muerte de las utopías en América Latina (Castañeda, 1993), así como a nivel global con autores como Fukuyama o Jacoby (2001). Para Cuba, la década de los noventa, como se verá abajo, constituye un problema particular: si bien sobrevive el poder revolucionario, se aprecia una profunda brecha en el imaginario utópico.

Por otro lado, no puede identificarse completamente un proyecto social y político concreto con el imaginario utópico que albergue y que haya contribuido a su existencia. Aunque el mundo de lo político y el mundo de lo utópico comparten regiones, son regidas por reglas distintas, y las fronteras de uno y otro no son las mismas. La esfera de lo político actúa sobre lo dado, mientras lo utópico pertenece principalmente a lo imaginario. La utopía se imagina para el futuro, mientras que lo político se realiza en el presente. Ello no quiere decir que uno y otro no vayan acompañados a veces y que no puedan guardar relación estrecha, como es el caso de la Cuba revolucionaria que se discutirá en este artículo, pero los mecanismos políticos y utópicos son distintos. Por ello mismo, para discutir la viabilidad y el valor –social, político, humano– de la utopía, debemos primero indagar en los mecanismos del fenómeno, sus posibilidades, limitaciones y fronteras. Para profundizar en esta problemática, me propongo en la primera parte de este trabajo una reflexión sobre la utopía y sus fronteras, en cuanto fenómenos que pertenecen principalmente al imaginario, sin ser por ello, menos ‘reales’. El objetivo de tal reflexión sobre la utopía como concepto teórico-metodológico puede ayudar a comprender el fenómeno, no solo en cuanto una serie de productos de la imaginación literaria, religiosa, social y política, sino como una dimensión manifiesta o latente del imaginario social y fenómeno humano fundamental, según sugiere el trabajo fundamental de Bloch (2000).

Las fronteras y mecanismos de la utopía se discutirán en relación con la temporalidad, las formas narrativas y textuales y las condiciones de realización y no realización de la misma. Como hipótesis básica se plantea que la utopía, al ser un mundo mejor que se imagina, sirve fundamentalmente para establecer un horizonte de potencialidad cuyo éxito no se medirá solamente por su posibilidad de realización práctica, sino por su capacidad de proporcionar

visiones e ilusiones con las que podamos examinar críticamente el presente y lo real y que nos sirvan para proponer alternativas. En este sentido, sigo la propuesta de Aínsa (2006) de ver en la utopía sobre todo un horizonte para la crítica y para el diálogo.

La idea de frontera, por otra parte, se discutirá brevemente a fin de sugerir sus posibilidades como concepto teórico-metodológico que vea en la frontera la doble posibilidad de límite/exclusión, por un lado, y de encuentro/diálogo por otro, y así un concepto útil en las ciencias sociales y humanas.

El breve análisis del caso de Cuba se apoyará en los conceptos teóricos propuestos a la vez que el caso ayudará a examinar la viabilidad de los instrumentos teórico-metodológicos. El motivo para elegir Cuba es el carácter paradigmático de la Revolución cubana como utopía social y política realizada en el marco del estado nación. En este contexto, se parte de la idea de que el marco teórico aportará elementos importantes para comprender algunas dinámicas – del imaginario y de las prácticas sociales– del caso cubano con enfoque especial sobre la capacidad interpelativa del discurso utópico-revolucionario y la hipótesis de que esta capacidad decae en la década de los 1990, produciendo una suerte de frontera para el imaginario social.

El artículo se estructura como sigue: tras esta introducción, en el segundo apartado se presentarán y discutirán los conceptos de frontera y de utopía, con principal énfasis en la utopía y sus mecanismos. El tercer apartado contiene el estudio de caso en que se discutirán algunos aspectos esenciales de la utopía social y política en Cuba y sus fronteras con enfoque principal en mecanismos discursivos y del imaginario incluyendo, también, elementos de la historia reciente del país. El último apartado contiene las conclusiones finales.

Conceptos teórico-metodológicos

En este apartado se presenta, primero, el concepto de frontera en cuanto fenómeno espacio-temporal dinámico y ambiguo, ya que la idea de límite implica tanto la restricción o exclusión como el encuentro, el diálogo y hasta la mezcla de categorías.

En cuanto al segundo concepto introducido y discutido, la utopía, se insistirá también aquí en lo ambiguo y contradictorio, tanto en cuanto fenómeno del imaginario como en cuanto las condiciones de realización de un proyecto social más o menos utópico.

La frontera – dinámica y ambigua

La palabra frontera tiene una serie de significados, incluyendo toda clase de frontera física, geográfica o jurídica –como las fronteras nacionales– así como ideas más abstractas de separación. En cuanto concepto teórico (y metafórico), la noción de frontera se relaciona sobre todo con la percepción o interpretación de una diferencia significativa para el sujeto que la percibe (Gustafsson, 2011). En tal sentido, una marca de ropa frente a otra puede constituirse como una frontera que separe entre una clase social y otra, de igual manera que la textura del pelo o el color de la piel pueden ser signos que representan una diferencia racial interpretada como altamente significativa en un contexto social dado. En este sentido, la noción de frontera pertenece al imaginario. Esto no impide que un hecho físico pueda formar parte de la frontera percibida, como en los ejemplos mencionados, pero lo importante no es el hecho físico en sí –aunque así lo dicte el “sentido común”– sino el hecho de la percepción e interpretación de una diferencia. Así, la frontera no es un hecho pasivo –una raya pintada en la cancha, el color de la piel, una valla de mil kilómetros– sino un fenómeno dinámico, un proceso o un evento que ocurre en espacio y tiempo, como todo evento. En términos bajtianos, la frontera será, pues, un *cronotopo*, o sea una unidad espacio-temporal (Bajtín, 1997: 28-91). Según Lotman (1990:131 ff), por otra parte, la frontera es un mecanismo semiótico-cognitivo cultural fundamental, que se expresa, entre otras cosas, en el uso de la primera persona (singular y plural). Toda cultura, dice Lotman, divide el mundo entre el espacio “propio” interior y el “ajeno” y exterior. El uso de un “nosotros” puede implicar nociones de espacio, tiempo y diferencias, que por ser implícitas no son menos importantes (Gustafsson, 2013).

Otro aspecto importante a tomar en cuenta al reflexionar sobre el concepto de frontera es su ambigüedad. Donde se percibe una frontera, se percibe una diferencia o separación, pero también se produce, al menos potencialmente, un encuentro. Para el caso de la frontera fundamental estudiada por Lotman, la exclusión del “otro” que se da en la frontera cultural entre “nosotros” y “los otros” implica también la contrapartida de ese mismo evento, que es el *encuentro* con este “otro”. La frontera implica, pues, separación y otredad, pero también el encuentro y el diálogo (Gustafsson, 2011). La frontera, para un discurso e imaginario sociales, será el momento y el espacio de la ruptura, pero asimismo de un enlace, un puente, entre dos fenómenos aparentemente apartados u opuestos.

La utopía, sus paradojas y fronteras

Desde que More publicó su obra de ficción política hace 500 años, el título del libro y topónimo del lugar imaginado, *Utopia*, han devenido, antonomásticamente, la designación de un modelo social radicalmente distinto y mejor que el existente. Las dos etimologías posibles de la palabra –*ou*-topos, o sea *no*-lugar y *eu*-topos, es decir *buen* lugar – apuntan ya a lo que propondré como una frontera fundamental del concepto: la que distingue entre lo dado y lo no dado, lo real y lo deseado. La utopía se define por su radicalidad y por su proyección temporal (hacia el futuro). Así, la utopía se constituye por la frontera básica que se da frente al orden dado y el orden deseado, así como por la diferencia temporal entre lo que existe y lo que (aún) no existe. Estas fronteras son radicales: la primera por la diferencia social, política, económica y cultural entre lo existente y lo deseado, y la segunda, porque el futuro, por su carácter e inasibilidad, pertenece al ámbito de lo “otro”. Como se argüirá a continuación, estas características “fronterizas” fundamentales de la utopía producen una serie de otras propiedades que hacen de ella un fenómeno social particularmente complejo y contradictorio.

El carácter radical de la utopía implica una tendencia potencial – latente o manifiesto– hacia la exclusión y la totalidad. Ello ha sido manifiesto en los proyectos comunistas-socialistas, pero está presente en otros proyectos utópicos o para-utópicos, incluso en la aparentemente plural idea del mercado libre e ilimitado como la óptima solución para los problemas económicos y políticos de cualquier comunidad humana. En este sentido, la utopía, como propuesta radical, como ruptura y como solución total, constituye una frontera básica que puede afectar su capacidad de diálogo y constituir fronteras de exclusión.

El cronotopo utópico – un relato del futuro

La propuesta utópica es en cierta manera un “relato del futuro”, de una sociedad y vida imaginadas de forma suficientemente detallada como para ser base de un proyecto. La proyección temporal de tal relato constituye esa frontera que separa la dimensión utópica de lo actual, inmediato y tangible. Pero para poder actuar sobre el presente, el relato utópico sobre la sociedad del futuro debe ampliarse con otros relatos y discursos, en gran medida críticos. Estas narrativas e interpretaciones del presente, el pasado y el futuro constituyen el núcleo textual de la utopía (Gustafsson, 2008). Este núcleo de textos podrá ser más o menos específico en sus propuestas políticas, económicas y sociales, pero siempre apuntará hacia ese ideal social de perfección por el que se debe luchar. La utopía, para serlo, debe jugar con un

elemento de felicidad que es una suerte de “oscuro objeto” del deseo social y que el escepticismo y (a veces) el sentido común creen imposible. Y si bien el proyecto utópico político podrá ser bastante explícito en cuanto a una serie de medidas, su *esencia* –esa promesa de cumplir un deseo general– se expresará normalmente mediante un significativo vacío (Laclau, 2005). Ese significativo vacío podrá tener una denominación más o menos específica como por ejemplo “el comunismo” o “libertad” o “la Revolución” en un discurso específico, pero su principal fuerza y razón de ser radican en el “deseo utópico”, que históricamente ha constituido un elemento importante del imaginario social en América Latina (Gustafsson, 2010).

Otra cuestión fundamental del relato utópico es su proyección espacial. Durante el siglo XX y en lo que va del XXI, gran parte de los modelos utópicos sociales se han proyectado sobre el territorio nacional, ya sea de forma específica como proyecto de una nación en particular, ya sea como modelo general. El proyecto comunista se ha manifestado a nivel de varias naciones específicas (Rusia, España, China, Viet Nam, Cuba etc.), pero también como un modelo a seguir que, incluso, podría acabar con el estado nacional como parte de la utopía (según, por ejemplo, la versión trotskista). La utopía hippie, por otra parte, se manifestó como un movimiento transnacional de relaciones basadas en el amor y no en el poder, marcando así una clara diferencia frente al ámbito político específico, identificado principalmente con el estado nación.

Un tercer elemento fundamental de cualquier relato –tras el tiempo y el espacio– lo constituyen sus actores y sujetos y, con ellos, las fronteras entre los que están dentro y fuera del proyecto utópico. La utopía, a este respecto, puede optar por ser el relato de un sujeto social ya existente, como puede serlo una comunidad nacional, étnica u otra, o bien puede constituir su propio sujeto en el sentido de ser para aquellos que puedan y deseen formar parte del proyecto. Muchas veces se da una combinación, sobre todo si el proyecto utópico llega a la práctica. En todo caso, tenderá la utopía a constituir una frontera entre los que están “dentro” y los que no, estableciendo esa frontera fundamental de un “nosotros” identitario sugerido por Lotman. En este sentido, el relato utópico tiene a veces enlaces con el discurso populista, el cual se nutre del significativo vacío de “el pueblo” (Laclau, 2005) y plantea para este sujeto el derecho a una sociedad y un futuro mejores. Gran parte de la fuerza y capacidad de convicción del proyecto utópico se halla en este deseo del imaginario social, aunque también radica ahí alguna de sus paradojas principales.

Paradojas y dificultades inherentes a la utopía

Las características discutidas en los apartados anteriores implican la existencia de una serie de fronteras inherentes a lo utópico que pueden convertirse en mecanismos de exclusión o dominación. Pueden llegar a constituir, además, una serie de paradojas fundamentales que muchas veces son utilizadas para rechazar la mera idea de la utopía.

En la frontera entre lo posible y lo deseable, entre la realidad y el deseo, el futuro y el presente se hallan las principales paradojas de la utopía que la convierten en una de las formas más complejas del imaginario social y de la cultura política. En este caso deseo discutir tres paradojas fundamentales. El primero lo constituye el problema de la capacidad de la utopía de dialogar con otras propuestas y proyectos sociales y políticos. La segunda tiene que ver con *factibilidad* del proyecto utópico y, la tercera paradoja reside en la contradicción fundamental de la utopía: por un lado es impracticable y, por otro, necesaria.

La primera frontera que establece un proyecto utópico es, como ya indicado, la que lo separa de la sociedad actual y de propuestas sociales y políticas no utópicas y, con ello, la radicalidad, excepcionalidad y carácter de solución verdadera y definitiva de la utopía. Estas características “fronterizas” constituyen un peligro obvio para la capacidad de diálogo del proyecto utópico y para la forma de gobierno o poder que se plantee –o realice– una vez que el proyecto llegue al poder. Esto es grave, no solamente desde el punto de vista de la democracia o el pluralismo como valores en sí, sino porque la crítica utópica del orden reinante muchas veces contiene una idea de déficit democrático o libertario que la utopía habrá de redimir. Así, el orden utópico podrá llegar a parecerse al orden, tal vez autoritario, al que quiere sustituir. Además, el autoritarismo y la exclusividad ideológica significarían la pérdida de esa dinámica social que justamente sería un valor utópico fundamental. La paradoja se da, porque la utopía, por un lado, se plantea como crítica del orden existente y busca parte de su popularidad y dinamismo social en la insatisfacción con este orden, insatisfacción que contribuye al deseo de un mundo mejor. Pero como la lógica utópica apunta, por otro lado, hacia la exclusividad, existe el peligro de que pierda esa dinámica crítica en el momento que el orden imperante sea el del proyecto utópico mismo.

Una segunda y principal paradoja se relaciona con la *factibilidad* utópica, sobre todo con la posibilidad que tiene la utopía de irse realizando y a la vez mantener su capacidad de interpelación y de constituir sujetos sociales desde el momento en que el proyecto se ha de

poner en funcionamiento desde la posición del poder. En esta situación la utopía debe, paulatinamente, dejar de ser principalmente un *deseo* para convertirse pronto en un *proyecto* específico y, a más largo plazo, pero nunca demasiado largo, en *realidad*. La utopía, para sus sujetos y actores, dirigentes y beneficiarios, no se plantea ya como deseo abstracto, sino como metas a alcanzar. Ahora, según el grado de éxito –político, económico y social– del proyecto, se producirá una tensión entre la realidad vivida y el deseo original. Esta frontera fundamental entre realidad y deseo se manifiesta casi inevitablemente en una decepción en primera instancia: los logros no están a la altura de las metas, dirán muchas personas. Incluso en el (difícil) caso de un éxito casi total del proyecto, o sea cuando los resultados de la gestión utópica realmente estén a la altura de lo originalmente proyectado, habrá esta tensión entre deseo y realidad, pues las prácticas socioeconómicas y el deseo pertenecen a niveles sociales distintos y se rigen por mecanismos distintos. El resultado será, al menos en potencia, una dinámica social negativa: cuando el proyecto utópico se va convirtiendo en realidad, con mayor o menor éxito, va dejando asimismo de ser deseo, y así va perdiendo el proyecto un elemento de atracción principal. El proyecto utópico frustrado, como muchos movimientos sociales y revolucionarios del siglo 20 latinoamericano, tal vez podrá salvarse como deseo, pero el proyecto utópico exitoso se hace superfluo, se elimina a sí misma. La lógica común dirá que cuando ya el mejor de los mundos posibles sea una realidad palpable, no tendría sentido seguir planteando la utopía. Pero la lógica utópica es también, como ya planteado, la lógica de la totalidad, por lo que no tendría sentido, tampoco, dejar lugar a un proyecto distinto y a otros actores políticos y sociales cuya gestión destruiría los logros utópicos. Se produce una especie de aporía: si en su proceso de realización práctica la utopía tiene éxito, irá fracasando como utopía, y, si fracasa, obviamente también. Esta dialéctica negativa de la utopía como práctica política y social constituye una barrera casi insuperable, que sin embargo debe afrontar todo proyecto utópico llevado a la práctica. Por un lado debe mantenerse parte de los mecanismos positivos del deseo y la imaginación constituyentes de la utopía, y por otro debe comunicarse que lo que antes fue utopía y deseo ahora se está convirtiendo, con eficiencia, en realidad, y que *es* realidad, o sea que se está viviendo la mejor sociedad posible y que el mundo de ahora es radicalmente mejor que el de antes. A uno y otro lado de esta frontera, el discurso utópico pierde fuerza: si se mantiene en el deseo y en el futuro, se queda en las promesas y pierde credibilidad, y, si se pasa a la realidad y los logros realizados, se pierde el ímpetu utópico.

La solución buscada a esta aporía ha sido, en varios casos, el mantenerse en la frontera misma, no en la realidad o el deseo, sino en el deseo y la realidad. La idea marxista y leninista del socialismo y la dictadura del proletariado como primera fase del comunismo y el comunismo mismo como la fase segunda y definitiva, implica una propuesta de solución a la aporía: la fase actual, el socialismo, es solo el principio, hay muchos resultados importantes, pero lo mejor aún está por venir y tal vez puedan disfrutarlo las próximas generaciones, nuestros hijos y nietos¹.

La consecuencia de estas paradojas parecería ser que la utopía resulta impracticable: para ser utopía, un proyecto político debe basarse en el deseo colectivo y tener una radicalidad y objetivos tales que su realización práctica será difícil o hasta imposible. Y aun en el caso de que el proyecto se ponga en práctica con éxito, la paradoja se impone: el éxito de la utopía hará que esa misma utopía –y en principio cualquier otra– esté demás. Además, la utopía instalada en el poder tendería a generar autoritarismos y hasta dictaduras, según se ha discutido también. La utopía es irrealizable, dicen los críticos de cualquier utopía, y por eso mismo dañina. Se invierten enormes esfuerzos y recursos –incluyendo vidas humanas– en un proyecto imposible, que en el peor de los casos deviene distopía, un régimen de horror. La política, dirá el discurso anti-utópico, debe ser el arte de lo posible y no basarse en el deseo; así no se engaña a los electores y no se derrochan recursos.

Esta argumentación es perfectamente razonable, pero el argumento pasa por alto dos hechos fundamentales: uno, que la utopía es uno de los mecanismos principales para la dinámica social y, dos, que si la utopía deja de existir siquiera como idea, queda un totalitarismo distinto al de la utopía, el de la ausencia de alternativas. La proscripción de la utopía no eliminará el deseo e imaginario sociales de una vida y sociedad mejores. El deseo en lo social y político es un hecho constante, y el deseo alimenta a la utopía. Y si todo discurso político tiende a rechazar cualquier alternativa radical como imposible y dañina, se pierde el horizonte de crítica y cambios nutrido por el pensamiento utópico (Aínsa 2006). La ausencia de un imaginario utópico quitaría a las comunidades humanas uno de sus mecanismos dinámicos principales. Con esto, se plantea otra frontera y otra paradoja de la utopía, y la más fundamental: por sus propias dinámicas y, muchas veces, por el carácter de sus propuestas, la

¹ La debilidad de esta idea y estrategia discursiva, tan utilizada en los países del “socialismo real”, Cuba incluida, queda plasmada en la pregunta que en la película “Fresa y chocolate” (cf. el apartado 3.5) hace Diego: ¿O sea, que en el comunismo es donde los maricones seremos felices?, dando a entender que las prácticas sociales del presente y el pasado reciente no dan lugar a tal optimismo.

utopía es difícilmente realizable o, simplemente, imposible. Pero sin ella, el modelo social existente se erigirá en modelo más o menos totalitario. La utopía es inviable y es necesaria.

La utopía, pues, es un fenómeno social complejo y contradictorio a la vez que hecho social fundamental que no puede descartarse como irrelevante, ni desde una perspectiva político-normativa ni desde una idea empírica o teórica. La utopía en su forma más manifiesta, como ficción o proyecto social, tanto como en manifestaciones menos evidentes, constituye una dimensión real o potencial permanente de los imaginarios y las prácticas sociales. En cuanto concepto metodológico y teórico (Jameson 2010), la idea de la utopía permite una perspectiva relevante para el estudio de los imaginarios y las prácticas sociales, culturales y políticas con énfasis en esta particular dimensión de lo social y humano.

La experiencia utópica – el caso de Cuba

La razón que justifica el estudio de Cuba bajo la perspectiva de la utopía es evidente: en América Latina, e incluso a nivel global, tal vez sea el ejemplo más claro del intento de cambiar y crear un estado-nación bajo el signo de la utopía. En este sentido, es una experiencia paradigmática perteneciente, principalmente, al siglo 20, pero con evidentes efectos que duran aún. Más allá de la experiencia de un sistema social, político y económico en concreto (el socialismo), la Revolución Cubana se verá aquí en el contexto de la construcción utópica. La dimensión utópica ha sido esencial para la construcción y supervivencia del “modelo cubano”, a la vez de que parte de las debilidades de este modelo se originan en los conflictos y paradojas inherentes al utopismo social, según se ha discutido arriba.

En lo que sigue se dará un breve esbozo de algunos elementos que forman parte del utopismo de la Revolución Cubana, así como algunas de sus dificultades. Se presentarán, así, primero algunos elementos constituyentes del discurso e imaginario utópicos, para luego discutir cómo influirán en la memoria y el imaginario dos décadas, la de los 80 y la de los 90. Una hipótesis primera y principal es que el discurso de la utopía nacional cubana se estructura en torno a un significante principal que es “Revolución” y sus derivados, con el que se ha remodelado la historia y la memoria social del país, entre otras cosas estableciendo el “punto cero” de la victoria revolucionaria de 1959 (Leclercq, 2004). La construcción de un discurso e

imaginario utópicos centrados en el punto nodal Revolución-nación-pueblo ha ido teniendo lugar sistemáticamente, como se verá abajo, constituyendo una teleología nacional y aliándose con, y dominando, gran parte de la vida cultural e intelectual del país. Pero la fuerza e insistencia del discurso utópico-revolucionario ha tenido sus costos, entre ellos un desgaste y pérdida de credibilidad que ponen en peligro la idea utópica fundamental del “buen lugar” llevando al imaginario hacia una especie de vacío (u)tópico, hacia el “no-lugar”.

Los fundamentos utópicos: año cero y la nación-revolución

Un logro básico del discurso revolucionario cubano ha sido su capacidad de identificar dos fenómenos discursivos fundamentales del imaginario social del siglo 20: la nación y la utopía. Para el discurso revolucionario que se va imponiendo desde fines de la década de los 50 del siglo pasado, la utopía –que en este caso se identifica con el término “Revolución”– no solamente es la mejor opción para la nación cubana, sino su aspiración y verdad definitivas (Leclercq, 2004). El establecimiento de un discurso histórico teleológico en que la victoria revolucionaria del primero de enero de 1959 constituye el hito principal, ha sido un mecanismo básico en este sentido. Desde principios de la colonia española, pasando por la época de la república independiente –llamada en este discurso la pseudorrepublica– el anhelo y la necesidad de la nación ha sido ese cambio revolucionario que se produce con la guerra civil que termina con el régimen de Batista. La Revolución no es, pues, una simple opción política más, aun cuando fuese la mejor, sino la única posible y, por tanto, verdadera. La victoria revolucionaria constituye la verdad secreta o abiertamente deseada por la nación y su pueblo. La utopía revolucionaria no es una posibilidad, sino necesidad histórico-teleológica. Al mismo tiempo 1959 no es, ni podría ser, la simple culminación de un proceso, sino también un nuevo comienzo. Ello se manifiesta de múltiples maneras, como en el hecho de nombrar el año 1959 como año primero de la Revolución, y así sucesivamente, estableciendo una especie de doble calendario según el que el año 2015 es a la vez el “Año 57 de la Revolución”, según se aprecia, por ejemplo, en el encabezamiento del Granma, periódico oficial principal. La Revolución no es un simple acontecimiento, sino un hecho permanente que trasciende su propia inmediatez anecdótica para permear la totalidad social. No puede haber aspecto, espacio o sujeto no afectados por este hecho. La Revolución constituye una totalidad (Gustafsson, 2012) justamente por su carácter trascendental y verdadero. Esta idea primordial implica una especie de sacralización del hecho revolucionario que recibe el apoyo

de una serie de elementos secundarios que remiten, en gran medida, a un imaginario cristiano-utópico occidental. Entre estos podrían mencionarse el mesianismo en torno a la figura de “los barbudos” (los revolucionarios del Movimiento 26 de Julio) en general, y a Fidel Castro en particular, combinado con el posterior martirio de Ernesto Che Guevara a partir de su muerte en Bolivia en 1967.

El “pueblo” es sujeto y objeto principal de este discurso. “El pueblo” es el tercer elemento de la unidad nación-Revolución, visto como beneficiado y protagonista del relato sobre pasado y el futuro del discurso utópico. Para lograr que esto no solamente quede en el discurso oficial, sino que además permée el imaginario social, se ha recurrido a una serie de mecanismos como los mítines masivos, el virtual monopolio mediático, la organización masiva de la población y el compromiso de la mayoría de los intelectuales residentes en el país, entre otras cosas (Rojas, 2006b).

Un ejemplo particularmente interesante de tal compromiso es la creación, hacia fines de los 1960, del movimiento musical la Nueva Trova. Con ello, se logró que un movimiento cultural y artístico potencialmente crítico al régimen político se identificara con la Revolución, no solamente en ese momento, sino por varias décadas (Moore, 2006), lo cual contribuyó a que gran parte de varias generaciones de jóvenes se identificasen, asimismo, con los ideales revolucionarios, sobre todo en las décadas de los 1970 y 80. La Nueva Trova se convirtió en una representación musical del imaginario utópico-revolucionario nacional con una capacidad de interpelación muy fuerte que tuvo una importante repercusión internacional también: la Nueva Trova, al identificarse con la Nueva Canción latinoamericana y lograr gran popularidad en los países de habla hispana, sobre todo, se convirtió en embajadora cultural de gran valor para el gobierno revolucionario cubano.

La excepcionalidad permanente

La Revolución cubana se manifiesta como un hecho y una situación excepcionales. Es excepcional ante la frontera del pasado nacional por las razones discutidas arriba, o sea, por ser culminación y nuevo comienzo históricos. Lo es también frente a las otras naciones americanas, por ser “primer territorio libre de las Américas” o “primer país socialista en el hemisferio occidental”, según denominaciones del discurso oficial, sobre todo en las primeras décadas revolucionarias. También hay otra frontera de excepcionalidad que se da en la tensión

entre presente y futuro como hecho inherente al discurso y la práctica utópicos, según planteado en el apartado teórico. Para la construcción de un discurso político-utópico de “lo real”, esta situación plantea un reto difícil. En Cuba, esta frontera inherente a la utopía se manifiesta, por ejemplo, en discursos mediáticos y políticos, que por un lado deben subrayar la supremacía del sistema cubano y los logros de la Revolución y con ellos, la alta calidad de vida del cubano, y, por otro, insistir en que la sociedad utópica definitiva aún está por alcanzarse. La Revolución, como indicado arriba, no es un evento del pasado, sino hecho permanente y omnipresente que se ha de realizar en los grandes hechos y también en lo cotidiano, donde la existencia del sujeto individual y colectivo (el pueblo) implica una lucha constante por lograr las metas cercanas y lejanas. Este imaginario se refleja, como dicho, en el discurso mediático en el que las noticias nacionales, desde los términos macroeconómicos hasta los problemas de una panadería de barrio, se ven impregnadas de un vocabulario e ideario dominados por términos como “lucha” y parecidos, y en el que todo producto del trabajo social se ve como un resultado de esa lucha que debe seguir y aumentar. Tal vocabulario he permeado también el habla popular con expresiones como “en la lucha”, “aquí, luchando” y parecidas, aun cuando no se refieran a la misma lucha por la utopía nacional, sino más bien al cotidiano esfuerzo de la existencia.

Indudablemente, esta tensión entre realidad inmediata y esperanza otorgada, entre presente vivido y futuro discursivamente construido, crea grandes dificultades y conflictos en la sociedad cubana, más allá del aprecio de aspectos positivos y negativos de la realidad social. El discurso utópico-revolucionario mostró una gran capacidad interpelativa desde antes de la caída de Batista y a través de las primeras décadas de la Revolución (Thomas, 2010), pero tras veinte o treinta años de posición hegemónica, el discurso sufre inevitablemente un desgaste. Esto no se debe, claro, exclusivamente a las paradojas inherentes al discurso utópico, sino que se da en relación con las prácticas sociales y políticas. En los próximos apartados se discutirá la hipótesis de que con la crisis de los años 1990 se produce una frontera fundamental para el imaginario y la memoria social en Cuba.

Los 1980 y 90: de la utopía cotidiana a la crisis y el desengaño

En el primer y el último año de la década de los 1980 se dan tres hechos muy críticos para la Revolución cubana. En junio de 1980, tienen lugar los hechos de la Embajada del Perú y el

posterior éxodo de Mariel, en el que unas 125 mil personas abandonan el país. En junio de 1989 son arrestadas varias personas de influencia, principalmente militares pertenecientes al MININT (Ministerio del Interior), acusadas de narcotráfico y otros delitos. Cuatro de ellos son ejecutados el 13 de julio del mismo año, entre ellos el general Arnaldo Ochoa, héroe de la República de Cuba y uno de los militares más condecorados del país, y el coronel Antonio de la Guardia, héroe de varias batallas de Angola, entre otras. El mismo año 1989 se produce la caída del Muro de Berlín y, con ella, el desmantelamiento del sistema socialista europeo y la Unión Soviética, principales socios comerciales y sostén económico y político del gobierno cubano.

En el caso de Mariel, lo que parecería ser una crisis profunda de la sociedad cubana con la salida de más de cien mil personas, ya no pertenecientes a la antigua burguesía, sino de origen humilde (Eckstein & Barberia, 2002), se logra transformar, mediante maniobras discursivas y políticas eficientes, en una especie de catarsis social. Con epítetos como “gusanos” y “escoria”, no solamente se ofende a los emigrantes por su “traición” a la patria, sino que se produce la idea de una limpieza, tras la cual la construcción del socialismo y el comunismo podrá continuar y hasta profundizarse. Durante los próximos años, o sea durante casi toda la década de los 80, la Cuba revolucionaria vivirá uno de sus períodos más tranquilos desde varios puntos de vista. El sistema socioeconómico ha logrado cierto nivel de institucionalización, el régimen revolucionario está bien afirmado en el poder, la amenaza de una intervención militar norteamericana, si bien siempre latente, parece menos inmediata que en las dos décadas anteriores y, además, se da cierto bienestar económico que permite al cubano corriente cierta seguridad social (Thomas, 2010). En este sentido, puede decirse que la utopía había dado algunos frutos, modestos tal vez, pero sin embargo cercanos a las promesas de una sociedad más igualitaria y justa en que había educación y atención de salud para todos y una dieta, si bien nada lujosa, al menos suficiente. La utopía formaba parte de la vida cotidiana de la mayor parte de la población cubana, para bien y para mal; el mundo, dentro y fuera de la isla parecía relativamente estable, la Revolución no se iba a acabar, ni tampoco el orden global dividido entre el sistema socialista-comunista y el capitalista-occidental.

Nueve años después, el arresto, juicio y ejecución de Ochoa y de la Guardia fueron presentados como un acto de justicia revolucionaria: nadie era intocable, tampoco los propios hijos y héroes de la Revolución que debían pagar sus delitos. Pero para mucha gente, dentro y fuera de la isla, la interpretación fue distinta: se dudó de la justicia revolucionaria, se especuló

sobre la posibilidad de que los condenados fueran chivos expiatorios, la condena parecía brutal y las culpas poco claras. La ejecución de Ochoa y de la Guardia, aunque no afectó directamente a la población general, de alguna manera pareció afectar la credibilidad del discurso revolucionario para sus propios adeptos, que veían a algunos de sus héroes convertidos, de repente, en villanos ejecutables.

La caída del Muro tampoco afectaría inmediatamente a la población cubana, pero el desmoronamiento del sistema socialista que siguió a este acontecimiento sí lo hizo, llevando al país a una de las peores crisis económicas y sociales de su historia (Thomas, 2010). La crisis de los noventa implicó una pauperización no conocida antes por la población general y una falta general de comestibles con consecuencias para la salud de la población. Algunas consecuencias fue una ola de emigración indocumentada, la llamada crisis de los balseros, así como las protestas sociales del 5 de agosto de 1994, conocidas como el “Maleconazo”. En 1993 se legalizó la tenencia de divisas para evitar la especulación y el mercado negro, darle a la población la posibilidad de obtener y gastar moneda convertible para necesidades básicas y, evidentemente, también para que el sistema económico se beneficiara de tales ingresos. Pero un efecto no intencionado de esta y otras medidas similares fue que la “moral socialista” y la fe en los valores utópicos recibiera un golpe bastante duro: la legalización de la divisa empezó a crear y legitimar –y ha seguido haciéndolo– nuevas diferencias sociales y económicas que contradecían los ideales revolucionarios y utópicos. Las fuentes de ingreso de estos “nuevos ricos” podrían ser familiares que residieran en algún país capitalista, un trabajo en una empresa extranjera o, lo que era peor, negocios en el mercado negro. En todo caso, los que ahora aparecían como “nuevos ricos”, no habían obtenido ese estatus a raíz del trabajo socialista, que daba cada vez menos beneficios materiales, sino a partir de fuentes relacionadas con el mundo capitalista o con actividades antes castigadas y consideradas antisociales y hostiles a la Revolución.

Para muchos sería un milagro que el gobierno revolucionario no perdiera el poder como consecuencia de todas estas dificultades. Pero, lo que se pretende demostrar en los próximos apartados es que aunque el régimen socialista y el discurso revolucionario sobrevivieron la crisis, en el imaginario social y en la producción intelectual y artística los valores utópicos sufrieron graves daños, tal vez irrecuperables, dando lugar a importantes cambios en estos espacios de subjetividad.

La memoria del buen lugar

Para el estudio de la utopía social realizada en la historia, la cuestión de la memoria cobra importancia en varias instancias y en diferentes momentos (Rojas, 2006a). Como el proyecto utópico se justifica en una interpretación distópica de la historia reciente, la primera batalla por la memoria trata del tiempo anterior a la utopía. La segunda batalla trata de la utopía misma en su presente y plantea preguntas como: ¿se justifica o no el nuevo orden, es exitoso, cuáles son sus resultados, es representante genuino del deseo popular o ha devenido dictadura de unos pocos fanáticos? Finalmente, si la experiencia utópica por una razón u otra llega a pertenecer al pasado, bien porque el grupo político que lo represente haya perdido el poder, bien porque la dimensión utópica del mismo se haya diluido, se irá construyendo una memoria de este pasado, de sus traumas, sus logros, sus justicias e injusticias desde una perspectiva del presente que mira un pasado reciente. En el caso de Cuba se están dando estos tres procesos, que son a la vez aspectos de un solo proceso. La historiografía revolucionaria pide una memoria social-nacional en que la victoria revolucionaria es culminación de luchas y anhelos y nuevo principio para la construcción permanente de un futuro distinto y mejor. Para este discurso, la utopía es un hecho del pasado reciente, del presente y del futuro. Para su contradiscurso, el proyecto utópico es un trauma social del presente y del pasado (desde 1959) que ha de desaparecer en el futuro (cercano), y que debe juzgarse como una dictadura para la memoria social de la nación. En ambos casos, el punto de partida es una historiografía y propuesta de memoria para las que la experiencia utópica es un hecho total. Se acepta, aunque con matices (Rojas, 2006a), que la Revolución o el régimen castrista es un hecho de totalidad. Sin pretender quitarle relevancia a tal perspectiva, pero siguiendo a lo planteado en los párrafos precedentes, deseo proponer que la década de los noventa se ha convertido en una frontera fundamental en la memoria social-nacional.

En una serie de entrevistas realizadas en 2014 (Hansen, 2015: anexo²), cubanos de edad y situación social variada discuten el concepto de “igualdad” y es interesante ver cómo coinciden en ver en la crisis de los noventa un momento de profundo cambio. De los entrevistados, los mayores, de unos ochenta años, guardan memoria desde los tiempos anteriores a 1959, mientras que los más jóvenes, de unos veinte años, tienen concentrados sus recuerdos personales en la época posterior a la crisis de los noventa, viendo esta más bien bajo

² Se trata de un trabajo de tesis no publicado basado en un material de varias entrevistas que el autor me ha autorizada a utilizar.

la perspectiva de una memoria social narrada y transmitida por otros. Es notable ver cómo los entrevistados, pese a sus diferencias sociales, políticas y generacionales, coinciden en ver en los noventa y el “período especial” de estos años el momento de un cambio profundo que afecta la igualdad social (Hansen, 2015) y la sociedad entera. Hay un “antes” y un “después” de este momento, un “antes” en que los ideales utópicos tenían valor y vigencia, y un “después”, cuando estos ideales se han perdido o se encuentran, al menos, en crisis. Tanto personas que se declaran opositores como adeptos a la Revolución opinan que la Cuba posterior a los noventa es menos justa e igualitaria, no solo en estrictos términos socio-económicos, sino en la actitud social general. El cubano “nuevo”, que reemplaza al “hombre nuevo” revolucionario, ha perdido, según opina la mayoría de los entrevistados, la fe en los ideales utópicos y prefiere el éxito y bienestar personal a la solidaridad social. La mayoría – aunque no todos – parecen deplorar esta situación: el fracaso –parcial o total – de la utopía, o sea de los ideales revolucionarios, no se debe a que el proyecto revolucionario no fuera justificado o viable, sino a otros factores, internos o externos, específicos o generales. Algunos culpan a la ineficacia o egoísmo de los dirigentes y administradores, otros opinan que el género humano en general, o el cubano en particular, no está a la altura de los ideales revolucionarios y, algunos alegan factores externos como causa principal, en particular el bloqueo y la presión norteamericanos y la desaparición del bloque socialista. Sin que se pueda sacar conclusiones definitivas sobre el carácter de esta memoria social no oficial, la muestra señala una tendencia importante: en la memoria y el imaginario sociales de la utopía cubana hay una frontera en el tiempo que puede ser tan importante como las del pasado prerrevolucionario y del futuro tal vez postrevolucionario, y es la frontera de los noventa.

Del buen lugar al no-lugar: arte y letras en los 90 y después

Los cambios históricos que se dan desde fines de los 1980 se reflejan también en la producción artística e intelectual. Según Casamayor-Cisneros (2012), una tendencia literaria va de la escritura de la utopía hacia la “ingravidez”, pasando por la distopía. En las corrientes utópica y distópica, la experiencia utópico-nacional es central, ya sea como apología o como detracción de la misma, mientras que en la “ingravidez” la utopía y la nación pierden su significado para dar lugar a otras experiencias que dan más importancia a la subjetividad individual y a las experiencias del cuerpo y que en cierta medida se dan bajo el signo de lo posmoderno, experiencia que va más allá de lo nacional y específico.

La idea que voy a sugerir se sigue relacionando con el problema de la experiencia utópica nacional en decadencia y con un discurso que va perdiendo capacidad interpelativa. En una parte de la producción artística e intelectual, ello se refleja en un “desplazamiento” de uno a otro sentido etimológico de la palabra “utopía”, a saber, del “buen lugar” al “no-lugar” (Gustafsson, 2014). Mientras que en las décadas anteriores había una tendencia dominante de la narrativa literaria y cinematográfica a escoger espacios concretos de la geografía nacional, como parte de una estrategia realista que debería reflejar la experiencia revolucionaria y nacional, desde los noventa se muestra una tendencia a atenuar la especificidad de lugar. En algunos casos el lugar o el espacio está poco definido, en otros, los espacios narrativos, aunque bien definidos, corresponden a lugares poco reconocibles para el imaginario geográfico nacional. La sugerencia es que esta evolución no solamente corresponde a un cambio en las preferencias estéticas, sino que se da un desplazamiento del espacio utópico hacia un no-lugar, motivado por una serie de factores sociales, históricos y culturales.

En algunas novelas de Jesús Díaz –escritor revolucionario consagrado hasta caer en desgracia por unas declaraciones críticas a principios de los 1990– está presente este cambio, sobre todo en “Dime algo sobre Cuba” (1998), en la que el marco narrativo lo constituye una azotea miamense, en la que el protagonista, Stalin Martínez, está expuesto durante varios días a las clemencias del tiempo y casi sin beber ni comer, para cobrar parecido con un balsero y así solicitar asilo político en EUA. Este no-lugar le permite a Stalin recordar su vida en una Cuba absurda y distópica, que se mueve entre la farsa y la tragedia como lo hace también la vida del personaje. La obra “Caracol Beach” de Eliseo Alberto (1998) transcurre, igualmente, en un espacio poco real(ista) y vagamente relacionado con los EUA, que mediante la memoria y la perspectiva narrativas –como en la novela de Díaz– se recrea una utopía frustrada, sobre todo en la figura de Beto Milanés, cubano exiliado y veterano de la guerra de Angola.

En el cine, se aprecia la tendencia más claramente todavía, ya desde “Alicia en el pueblo de las maravillas” (Daniel Díaz Torres, 1991) y se confirma, al menos parcialmente, en las cintas “Fresa y chocolate” (1993) y “Guantanamera” (1995), ambas de Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío. En “Fresa y chocolate”, el lugar –La Habana– está bien explicitado, por cierto, pero el protagonista, Diego, es forzado a un exilio indeterminado, al no-lugar que reemplazará al lugar deseado, La Habana de la utopía en crisis. En “Guantanamera”, la mayor parte de la acción transcurre sobre la marcha, como en un “road-movie” que tiene lugar en una Cuba indeterminada donde se echa en falta un lugar sólido. En “Lista de espera” (Tabío, 2000), el

lugar es reducido a una terminal de ómnibus, metáfora de una Cuba desorientada, más caótica que utópica, sin calma y sin lugar fijo. “90 millas” (Rodríguez Gordillo, 2005), película española de elenco y tema cubanos, transcurre principalmente en una balsa que navega desde Cuba hacia la Florida. En este caso, el tema mismo –el drama de los balseros cubanos– sugiere el no-lugar y la ausencia de espacio “real” lo subraya.

El tema del exilio, que va cobrando fuerza en el cine y las letras, apunta también en el sentido del no-lugar en varias obras. El exiliado cubano no vive en “otro” lugar, sino en el no-lugar que queda tras la pérdida de la utopía. Ello se aprecia en cintas como “Memorias del desarrollo” (Coyula, 2010), basada en la novela homónima de Edmundo Desnoes (2006)³, y aun más en “Larga distancia” (Insausti, 2010), en que no existe un lugar común para Ana, la protagonista, y sus cuatro amigos con quienes desea celebrar su cumpleaños. Los amigos, inseparables en los ochenta, han quedado dispersados durante los noventa, y la noche y los recuerdos se convierten en el espacio que reemplaza al lugar que ya no existe. El exilio está también presente, aunque más bien como proyecto personal por realizarse y como el recuerdo de una familia ausente, en “Personal Belongings” (Brugués, 2006). Su protagonista masculino, Ernesto, no tiene casa y vive en su automóvil, un Lada de los años ochenta. Su sueño es irse del país, pero conoce a Ana, que decidió quedarse cuando su familia abandonó el país. La casa de Ana y el Lada de Ernesto (tanto el automóvil como el nombre, Ernesto, parecen reminiscencias de la utopía cotidiana) se vuelven espacios “no-lugar” que substituyen el espacio utópico-real que ya no existe para estos jóvenes de los años noventa y del nuevo siglo. Para ellos, la utopía y hasta la nación son hechos de un discurso cada vez menos relevante y menos representativo del presente en que están metidos. La Cuba de la utopía social(ista) no existe en la realidad cotidiana, aunque todo el mundo, los más jóvenes también, se saben de memoria su versión discursiva. Así se establece una nueva frontera, ya no entre el deseo y la realidad, sino entre la realidad discursiva y oficial y la otra, la que el sujeto humano encuentra en su vida diaria.

El sujeto desplazado

La confrontación entre dos mundos, el utópico discursivo y el distópico subjetivo, es sin duda elemento importante de la explicación de la presencia del “no-lugar” en las letras y el cine

³ Tanto la novela como la película pueden verse como una continuación de la novela y película, también homónimas, “Memorias del subdesarrollo”, de Desnoes (1965) y Gutiérrez Alea (1968), respectivamente.

cubanos a partir de los noventa. La utopía nacional, en el sentido del buen lugar, es un hecho contundentemente presente en el discurso político oficial que pretende que la población identifique ese espacio con el mundo en que vive, lo cual resulta cada vez más difícil. Se da un desencuentro entre un discurso que insiste en su veracidad y que no encuentra resistencia en un contradiscurso formalizado, por un lado y, por otro, una realidad que no tiene representación discursiva sistematizada, o cuya representación se da en la semiclandestinidad de conversaciones que no deben ser escuchadas por personas que pudieran delatarlas. Tal desfase entre representación y experiencia apunta doblemente al no-lugar: lo que afirma el discurso que existe, no existe, y lo que sí existe, no parece existir por carecer de representación. No hay un país ni una realidad social inmediatamente creíble, solo diferentes versiones del no-lugar.

Al mismo tiempo debe tomarse en cuenta la capacidad interpelativa y de identificación que había tenido, al menos hasta mediados de los ochenta, el discurso nacional-revolucionario, según se plantea arriba. El que no encontraba su lugar en este discurso se veía en ninguna parte, porque el único lugar posible era el de una nación e identidad monolíticas e indiscutibles, las de la Revolución. El sujeto individual que se hallaba “fuera” no tenía representación posible (Gustafsson, 2014: 158-9). A esto se suma otra problemática fundamental: el espacio utópico-discursivo se supone poblado por el “hombre nuevo”, ya presente en los sesenta en textos de Ernesto Guevara y de otros teóricos y dirigentes revolucionarios. Para el sujeto criado en los ochenta y los noventa resulta cada vez más difícil identificarse con este modelo de superhombre revolucionario que existe, para ellos, tan poco como existe la utopía real.

Conclusiones

Los objetivos principales de este artículo han sido, por un lado, reflexionar sobre una serie de aspectos generales y teóricos relacionados con la utopía como imaginario y práctica sociales y, por otro, aplicar estas reflexiones al estudio del caso cubano por constituir este un caso paradigmático de la utopía social realizada a nivel nacional. El careo de estas dos perspectivas ha servido para comprender mejor algunos de las dificultades que ha enfrentado el proyecto utópico cubano, no solo por razones económicas, sociales, políticas o simbólicas histórico-concretas, sino también por mecanismos inherentes al discurso utópico como tal. Al mismo

tiempo ha servido para sugerir la hipótesis de que la década de los noventa del siglo pasado constituye una frontera importante para la utopía en Cuba que se revela en las letras y el cine y en otros aspectos de la memoria y el imaginario sociales. Esta frontera se manifiesta, según sugerido, en dos signos principales: en la idea de que con los noventa se inicia un período más o menos post-utópico, y, en el desplazamiento del sujeto del buen lugar hacia el no-lugar, ideas obviamente relacionadas entre sí, siendo la segunda consecuencia de la primera.

En vísperas de la victoria revolucionaria y durante las primeras décadas de la Revolución se fue construyendo la idea del buen lugar, fundamental no solo en el discurso oficial, sino en el imaginario social y en las letras y el cine de los 1960, 70 y 80. La Cuba revolucionaria y prerrevolucionaria, era tema y lugar preferidos por estos cineastas y autores que experimentaban la utopía en sus principios, en su apogeo y en su rutina. Esto no quiere decir que todo intelectual y artista fuera un ferviente revolucionario (aunque los que no lo eran, tenían sus dificultades para crear y publicar o siquiera quedarse en el país), pero sí que la realidad que se veía y describía era la de la isla concreta y su utopía, aun cuando para algunos fuera una distopía (Casamayor-Cisneros, 2012: 183-212). No obstante, en la década de los ochenta, la de la utopía cotidiana y rutinaria, el discurso utópico parece a punto de saturarse y de vencer, no ya por oposición o resistencia exteriores ni por fracasos económicos o sociales, sino por los propios mecanismos inherentes al discurso, sobre todo aquél que establece una frontera y tensión entre lo habido y lo deseado, lo real y lo imaginario, el presente y el futuro. En términos más concretos, a mucha gente le cansaba ya leer y escuchar que si bien vivían ya en el mejor mundo posible, todavía había que trabajar y sacrificarse un tiempo –siempre prolongable, siempre prolongado– por lograr el mundo verdaderamente maravilloso. La crisis de los noventa –que de hecho se inicia en el 89– vendrá a acelerar un proceso que ya se estaba insinuando. El discurso y el imaginario utópicos se acercaban a su punto de hartazgo y requerían ya una renovación. Al mismo tiempo, la crisis cambia las reglas del juego discursivo, dándole, incluso, un argumento a Fidel Castro y los demás dirigentes de mantener o reavivar el discurso utópico: la pérdida de los socios europeos explica la crisis y las dificultades económicas son causadas por factores externos, incluido el embargo estadounidense. Y con la idea de Cuba como isla solitaria en el mundo, el mesianismo y excepcionalismo utópicos renovarían viejos argumentos: primero, que al no depender de nadie más, había que trabajar como nunca por la patria y por la Revolución y, segundo, que ahora sí Cuba era abanderada de la causa revolucionaria –o de las utopías sociales– en el mundo.

Consecuentemente con estas ideas, el discurso oficial empieza a enfatizar más la dimensión nacional del discurso utópico-revolucionario y reducir en alguna medida el aspecto marxista (Rojas, 2006b: 442 ff), volviendo, en algunos aspectos, al discurso de los años 60. Pero en los noventa el discurso revolucionario ya no tiene la fuerza y capacidad de entonces de interpelar al sujeto, de crear imaginarios y constituir un sujeto colectivo. Este, que en 1980 pudiera soportar la herida de una emigración masiva y hasta, al parecer, salir fortalecido, en los noventa parece disolverse en subjetividades distintas, desplazadas hacia ninguna parte por estar perdiendo ese buen lugar esencial que fuera fundamento del discurso utópico durante varias décadas.

Bibliografía

- AÍNSA, F. (2006). The Destiny of Utopia as an Intercultural and Mestizo Phenomenon. En *Diogenes*, 53, 31
- BAJTÍN, M. (1997). *Estética de la creación verbal*. México D.F. : Siglo XXI.
- BLOCH, E. (2000). *The Spirit of Utopia*. Stanford: Stanford University Press,.
- CASAMAYOR-CISNEROS, O. (2012). *Utopía, distopía e ingravidez. Reconfiguraciones cosmológicas en la narrativa postsoviética cubana*. Madrid: Iberoamericana.
- CASTAÑEDA, J. (1993). *La utopia desarmada*. México D.F.: Mortiz/Planeta.
- DESNOES, E. (2006). *Memorias del desarrollo*. Cádiz: Mono Azul.
- DÍAZ, J. (1998). *Dime algo sobre Cuba*. Madrid: Espasa.
- ECKSTEIN, S. & BARBERIA, L. (2002). Grounding Immigrant Generations in History: Cuban Americans and their Transnational Ties. En *The International Immigration Review*, 36, 3.
- GUSTAFSSON, J. (2008). Lo nacional y lo utópico como recursos identitarios. En *Diálogos Latinoamericanos* 13.

- GUSTAFSSON, J. (2010). Utopian Discourse and Imaginary in Latin America. En Per Durst-Andersen & Elsebeth Lange (eds.): *Mentality and Thought*. Copenhagen: Copenhagen Business School Press.
- GUSTAFSSON J. (2011). La insoportable ambigüedad de la frontera. En Gloria Valdéz & Helene Balslev Clausen (eds.) *Retratos de fronteras*. Hermosillo: Publicaciones Colegio de Sonora.
- GUSTAFSSON, J. (2012). The nation and the Revolution – Techniques of Power and Interpellation in Revolutionary Cuba. En Niels Bjerre-Poulsen, Helene Balslev Clausen, & Jan Gustafsson (eds): *Projections of Power in the Americas*. Londres: Routledge.
- GUSTAFSSON, J. (2013). Deixis, interpelación y comunidad – indagación en el mecanismo discursivo de la primera persona plural. En *Sociedad y Discurso*, 22.
- GUSTAFSSON, J. (2014). Entre el buen lugar y el no-lugar – utopía, memoria y migración en la Cuba revolucionaria. En *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, 3.
- HANSEN, H. T. (2015). *Lighed under forandring*. Universidad de Copenhague. Tesis de licenciatura no publicada.
- JACOBY, R. (2000). *The End of Utopia. Politics and Culture in an Age of Apathy*. New York: Basic Books.
- JAMESON, F. (2010). Utopia as a Method, or the Uses of the Future. En Gordin, Tilley and Prakash (eds.), *Utopia/Dystopia. Conditions of a Historical Possibility*. Princeton: Princeton University Press.
- LACLAU, E. (2005). *On Populist Reason*, Londres: Verso.
- LECLERCQ, C. (2004). *El lagarto en busca de una identidad*. Madrid: Vervuert Iberoamericana.
- LOTMMAN, Y. M. (1990). *Universe of the Mind*. Londres: Tauris
- MOORE, R. (2006). *Music and Revolution*. Los Angeles: University of California Press.

ROJAS, R. (2006^a). Ideología, cultura y memoria. Dilemas simbólicos de la transición. En Marifeli Pérez-Stable (ed.), Cuba en el siglo XXI. Ensayos sobre la transición. Madrid: Editorial Colibrí.

ROJAS, R. (2006b). Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano. Barcelona: Anagrama.

THOMAS, H. (2010). Cuba a History. Londres: Penguin Books.

Nota sobre el autor

Jan Edvin Gustafsson es profesor titular del Centro de Estudios Latinoamericanos y Departamento de Lenguas Inglesa, Germánicas y Romance, Universidad de Copenhague. Anteriormente ha sido director del Center for the Study of the Americas, Copenhagen Business School.

Sus Areas de investigación principales son: cultura latinoamericana, incluyendo cultura popular, política y literatura; pensamiento, discurso e imaginario utópicos en América Latina; identidades sociales en América Latina; teoría de identidad y cultura y semiótica.

Ha realizado, además, traducciones de novelas españolas y latinoamericanas al danés y es autor de dos novelas.

Entre sus publicaciones académicas recientes están:

(2014) Entre el buen lugar y el no-lugar – utopía, memoria y migración en la Cuba revolucionaria. En Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos.

(2014) Fresa, memorias y hombre nuevo – sujeto e ideología en Gutiérrez Alea. En Diálogos Latinoamericanos 23.

(2015) Viaje, escritura y sujeto – entre el diálogo y la frontera. En Clausen, Cortés Zaborras y Johnsen (eds), El discurso de instituciones, empresas y viajeros – del texto al turismo y del turismo al texto. Frankfurt Am Main: Peter Lang.